¿Qué es el marxismo? Hay, desde ahora, posibles ambigüedades entre conceptos como el de marxismo, que engloba tan numerosas como a veces muy diferentes corrientes post-marxianas, y el de marxiano, que concierne al producto del trabajo teórico de Marx y Engels. Así como también distinguir los varios antimarxismos, algunos de los cuales, no propuestos al marxismo, han dejado de aportar claridad sobre el mismo y contribuir así a hacer avanzar la autocrítica marxista. Las intrarrelaj...

Las relaciones establecidas por el conjunto de estos conceptos dinamizan el esquema mínimo del paradigma sociocultural más influyente de nuestros tiempos. El impacto público de este paradigma tal vez sea el más espectacular el protagonizado recientemente por los llamados nuevos filósofos en la persona del famoso y televisivo Henri Lévy. Ninguna otra teoría o filosofía ha suscitado nunca reacciones tan contrarias y de tanta envergadura en niveles tan distintos como el económico, el político, el religioso, el académico. Ahora sólo nos vamos a ocupar, muy sucinte y parcialmente, de una de esas clases de reacciones, la que ya hemos señalado, los marxismos. Pero, ¿por qué semejante conmoción sociocultural? Sobre todo, ¿cómo es que esta filosofía concita hoy y ahora? Tan encendidas polémicas y encontrados pareceres. Dilucidar ambas cuestiones en profundidad significaría responder con rigón a otra pregunta, la fundamental.

¿Qué es el marxismo? Pues bien, una definición de su ser, de su entidad, no se puede resolver unívocamente. La consistencia del marxismo es, a la vez y sin solución de continuidad, cientificista, racionalista, humanista, histórico-concreticista, utópica y tantas otras determinaciones interactivas que mientras lo enriquecen le alejan más y más de cualquier tipificación convencional o al uso clásico. Esta complicada consistencia es una de sus peculiaridades que mejor convocan la multiplicidad de los marxismos que nos ocupan. Con objeto de orientarse más sustantivamente hacia ellos, se suele acudir a una tentativa definitoria del marxismo que brote, por una parte, de la apreciación de los fines que pretende conseguir y, por otra parte, de la puntualización de sus fuentes originarias. En cuanto a sus planes y fines, diremos que lo peculiar del marxismo, frente a otras, es que no se puede hacer nada de lo que se ha hecho.

teorías, como ha señalado Manuel Sacristán, es su decisión de proseguir conscientemente la milenaria lucha contra el mal social basándola en el conocimiento adquirido por las cautelas analíticas de la ciencia antes de integrarlo en la totalización de la perspectiva revolucionaria. Para ello articula dos niveles principales. Uno, el conocimiento científico de la realidad social en base a su economía. Dos, una programación política ceñida a la historia que se proponga la transformación revolucionaria de aquella realidad social mencionada. En cuanto a las fuentes nutricias en las que Marx bebió fueron como es bien sabido la filosofía clásica alemana de la que arranca su crítica general a la cultura capitalista y clasista. La economía política inglesa de donde parte el análisis del modo de producción capitalista. Que logra plasmar en su obra el

capital, la política revolucionaria francesa y el movimiento obrero de su momento, que vienen a integrarse en el núcleo de la concepción de una praxis que cuaja efectivamente en el liderazgo por Marx de aquel movimiento obrero. Por la interacción marciana entre teoría y praxis y usando su método dialéctico, se fragua entonces todo un aparato crítico categorial nuevo. Queda ensamblada su teoría de las ideologías y se ponen a punto las grandes hipótesis hermenéuticas, instrumentos indispensables para la interpretación materialista de

la historia. Todo este conjunto de fuentes, medios y fines puede quedar finalmente sintetizado en el esquemático enunciado de Jacobo Muñoz que presenta el marxismo como una unidad consciente de una teoría, una crítica y una práctica. Sin embargo, la especificidad epistémica

del marxismo continúa siendo una problemática por extremadamente diferente a todo lo académico y tradicional, pero sobre todo quizás porque su entidad más honda es eminentemente procesual y este proceso, el que se cifra en el análisis de la lucha de clases, no está concluso, no puede estarlo puesto que no se encuentra dada la superación de una sociedad descindida en clases antagónicas y por lo tanto tampoco puede darse el envejecimiento ni menos la clausura del quehacer intelectual y el cometido político del marxismo, aquel que permitiría una visualización completa del mismo, paso previo para esa definición de corte tradicional o académico que tal vez nunca logre alcanzarse. Esta es una de las causas tal vez la más específica de su insólito y vedetismo cultural. La rosa resonancia del pensamiento y las teorías marxistas como una filosofía completamente

distinta a las precedentes, de su chocante capacidad de remoción no solo intelectual, sino sobre todo sociopolítica. El cultivo de cada uno de estos enumerados elementos constitutivos de lo marxiano ha sido capaz de desatar corrientes muy variadas y tendencias múltiples que se aglomeran bajo el rótulo de marxismos. Y eso que, como es trivial citar, el autor de tan abundante siembra, el Marx vivo, en el último tramo de su actividad política y teorética, al ser informado de los propósitos y la titulación de sus seguidores, comentó, por lo que a mí respecta, yo no soy marxista. Expresándose así, Marx parecía desautorizar cualquier escolástica, cualquier dogmatismo. Estaba intentando conjurar la temible ortodoxia doctrinaria, tanto política como filosófica. Si hay algo en que Marx insistió tercamente, fue en considerar lo principal de su legado como un instrumento, como una herramienta de trabajo, como un método de crítica y análisis.

la adopción y aplicación sistemática del método, del método de análisis marxista y a la asimilación lúcida de aquella decisión de lucha contra el mal social al principio remarcada, cabe reclamarse seguidor de Marx, esto es marxista. En este sentido preciso hay marxismos y o filosofías marxistas, todo lo demás es beatería, como la suscitaba maliciosamente y por ejemplo en los escritos de Stalin o como la conseguida por cualquier otro teórico que lo que hace es ideología de segunda mano para solapar el beneficio de algún poder pseudo socialista. Con esta ineludible introducción nos queda poco trecho para desenredar la intrincada madeja de los marxismos cuya existencia hemos pretendido explicar. No se trata de hacer catálogos, ni siquiera un pequeño recuento, lo útil e interesante aquí es marcar algunas de las áreas marxianas cultivadas hasta hoy y mostrar las diferencias y semejanzas entre muy pocos autores marxistas de aquellos que han cobrado

más relieve teórico. Lo que a todos suele ser común es su compromiso sociopolítico, a diferencia de otras corrientes del pensamiento contemporáneo, como pueden ser el análisis lógico o la teorización de la ciencia, que se presentan asépticos y descomprometidos, al menos en su expresa intención y en las apariencias. Respecto a la dimensión definitivamente política, lo que en último término quiere decirse es que todos los marxismos tienen mínimamente un elemento común, la conciencia de ese mal social citado en principio, que todos intentan razonar en sus teorías y de alguna manera rechazar y resolver

por una acción directa más o menos colegiada, descartando la pasibilidad contemplativa atribuida tradicionalmente al intelectual en su torre de marfil y, cuando menos aparentemente, inherente al puro filosofar. Otro de los elementos comunes a los marxismos es la desigualdad de la ciencia, que es la desigualdad de la ciencia. La desigualdad de la ciencia es la intención de ampliar, completar o, en términos generales, desarrollar la ciencia.

una o varias de las facetas del rico pensamiento marxiano. Lo que equivale a decir que todos los marxismos, acometiendo su empresa intelectual desde la parcelación y selección de unos u otros de los ingredientes del paradigma que constituían conjunto bien trabado, no sólo son parciales en el mejor sentido de la palabra, sino que se arriesgan a atribuir, y es lo que a veces les ocurre, a aquel conjunto de que parten consecuencias obtenidas por el seguimiento de una o pocas de sus integrantes. Aún así, esta doble semejanza, la identificación de los marxismos en una praxis social y la equiparación metodológica de sus trabajos en pos de investigar y prolongar parte o partes de la obra marxiana, no disuelven, ni siquiera llegan a ablandar, los grandes diferencias que los singularizan, caracterizan y separan entre sí. Del proyecto de ahondar y formular aquel aspecto científico de los análisis marxianos sobre el modo de producción capitalista, se desglosan por ejemplo, el uso de la palabra, la identificación de los marxismos en una práctica social y la equiparación metodológica de sus trabajos en pos de investigar y prolongar parte o partes de la obra marxiana, no disuelven, ni siquiera llegan a ablandar, los grandes diferencias que los singularizan,

ejemplo posturas tan poco emparejables como los socialismos científicos y la escuela altiseriana francesa con sus relecturas de El Capital. Ambas derivaciones, como cualquiera de las demás, se encuentran alojadas en sus contextos históricos concretos, cuyas líneas más generales pueden ser en el terreno teórico, los escritos más filosóficos de Lenin o de Lukács, la confección staliniana de un corpus marxista oficial, el catecismo maoísta, etc., que se producen en circunstancias políticas y económicas o terreno de lo práctico, enmarcado por la cruenta realidad de dos guerras mundiales, el incremento de la industria mediante la aplicación de nuevas técnicas y conocimientos, en parte surgidos dentro de la investigación rusa y estadounidense para sus cada vez más sofisticados y peligrosos aparatos de guerra, la aparición y rechazo de los fascismos con sus ansias de expansionismo y desarrollo económico. La caída del colonialismo y la desigualdad de la sociedad.

los problemas del subdesarrollo tercermundista con el surgimiento de un neocolonialismo imperialista, etc. Pues bien, sobre los dogmatismos y las estandarizaciones del marxismo vulgar de los años 20, Karl Korsch escribe sobre la ortodoxia de Kauski afirmando La teoría marxista niega todo saber absoluto, concluso e intocable. Es por tanto antimarxista la petrificación de alguno de sus esquemas y una consideración sobre los mismos que linda con la sacralización. Hay que aplicar al propio marxismo la marxiana concepción materialista de la historia, lo que equivale a decir que el anquilosamiento doctrinario impide la conexión verdadera con una realidad histórica cambiante plena de conflictos nuevos, lo que es contrario al análisis marxista correcto y, en fin, lo falsea. Desde esta misma perspectiva de vuelta a Marx, reiterada en puntos diversos, el aspecto problemático de la relación ciencia-marxismo es cultivado por Althusser

y su círculo mediante lo que él llama práctica teórica, insistiendo en la cientificidad del marxismo, en su autonomía como teoría, ya que, sin este esclarecimiento, lo que se da es la explotación de la ciencia por la filosofía. La lucha filosófica para la escuela francesa forma parte de la lucha política en el campo teórico, donde se libran las batallas de la ciencia y la política. Al centrarse en el aspecto de la cientificidad del marxismo, necesariamente el antiserismo se encuentra buscando lo formal, forma que ya hemos dicho es difícil expresar mediante procedimientos clásicos y académicos, que en definitiva son los que la escuela pone en juego. O sea, se torna el antiserismo partidario, en cierta manera, de los análisis formalistas, muy en boga, a partir de la entrada como pionera de la lingüística en el área de las ciencias humanas, en virtud del hallazgo y aplicación de su temática específica del método estudiantil.

estructuralista, muy apto para investigar en lo sincrónico. Contra esta inclinación sincrónica y más o menos estructuralista de la rama intelectual marxista francesa, se alza en nombre del fluir histórico o de la diocronía marginada todo un grupo de marxistas encabezados por Mandel, distinguido economista, el teórico más conocido de los trotskistas. Entretanto, desde las primeras décadas del siglo XX, una importante institución de investigación social amplía y profundiza las líneas maestras marxianas de la crítica social. Se trata de la escuela de Frankfurt y su dialéctica negativa, representada por Horkheimer y Adorno, a la que perteneció durante algún tiempo Marcuse, que retoma la fusión emprendida por Wilhelm Reich o Unión Freud o marxista para el psicoanálisis de masas. Marcuse intenta también la reelaboración crítica de la faceta utópica o auspicio marxiano de la posibilidad de superación de la sociedad desgarrada, con su invitación a la posible para los años 60. Se entiende reconciliación del hombre con la naturaleza por el comercio.

combate político que rechace la agresividad creciente de la industrialización avanzada. Otro importante defensor de la vena utópica es el alemán Ernst Bloch, autor del principio Esperanza o del marxismo cálido, que incide plenamente en lo que se ha dado en llamar una nueva moral, la moral del marxismo, con lo que incluso ha habido intentos difusos de alianza por parte de un cierto cristianismo y que para concluir esta terriblemente mutilada perspectiva de los marxismos puede cifrarse en la permanente denuncia asumida por el pensamiento marxista de la violación de los valores morales de la multitud que el capitalismo debe quebrantar a cada paso para imponer sus propios valores contrarios a los del pueblo, esto es, su peculiar moralidad de clase, tesis sostenida por el marxista historiador Edward Thompson en su inapreciable ensayo La economía moral de la multitud. Me he pasado mucho.